

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID, 14 DE MARZO DE 1909

NÚMERO 63



HAZ BIEN...

(CONCLUSIÓN)

El príncipe, terminado el modesto condumio, dispúsose á retornar á palacio.

—Toma esto como recuerdo—dijo al zagal sacando de uno de los bolsillitos del cinturón una reluciente moneda de oro.

Ayuntamiento de Madrid

—Gracias—replicó Pablillo con entereza, rechazando la dádiva.—
Para recuerdo tuyo, me basta con lo que has hecho por mí.

—Tómala—insistió el príncipe.

—¡Te digo que no...! ¡Guárdatela...! En ti está bien esta clase de monedas; en mí, creerían que la había robado.

—Dices verdad—afirmó el hermoso niño. Y á tiempo de despedirse, añadió:

—Si alguna vez en la vida me necesitas, pregunta por mí en palacio.

—¿Y quién eres tú en palacio?...

Ante la inopinada pregunta, balbució:

—¿Yo...? ¿Quién soy yo...? Argimiro... ahijado del rey...

*
**

Ya canta el cuco, ya relucen en la obscuridad de la noche como lucécitas de brillantes los gusanos de luz, y alegre, entonando una copla, regresa á su choza el zagal, después de haber encerrado el rebaño en el aprisco.

Se interrumpe en su canto y en su marcha al enfilear con la cabaña que se alza en un claro del bosque; es la guarida del tío Lobo, un mal hombre que vive de merodear por los caminos, desvalijando á los viandantes que tienen la desgracia de encontrarse con el bandido.

Pablo se detiene atónito porque ha escuchado voces de socorro que parten del interior de la cabaña; á estas voces lamentosas se une la voz recia del tío Lobo, que maldice como un renegado.

El zagalillo, presa de tanto azoramiento como curiosidad, se acerca al escondrijo del facineroso, y por entre las mal unidas tablas, mira, y se queda horrorizado del espectáculo que se ofrece á sus ojos.

El bandido, puñal en mano, se dispone á asesinar á un hermoso niño que se ve atado á una argolla.

Aquel niño es el príncipe.

Pablo quédase un momento sumido en tremenda indecisión.

Quiere salvar á su protector, y no sabe qué medio emplear para defenderle.

De pronto, como si obedeciera á una inspiración del cielo, lleva la corneta á sus labios, y toca, toca rabiosamente un aire de llamada, el mismo que emplean los monteros del Rey en sus cacerías.

En el bosque silencioso suenan como alaridos los toques de la corneta.

De la cabaña sale barboteando maldiciones un hombre; es el tío Lobo,

el cual, al verse fuera de su guarida, huye velozmente internándose en el bosque.

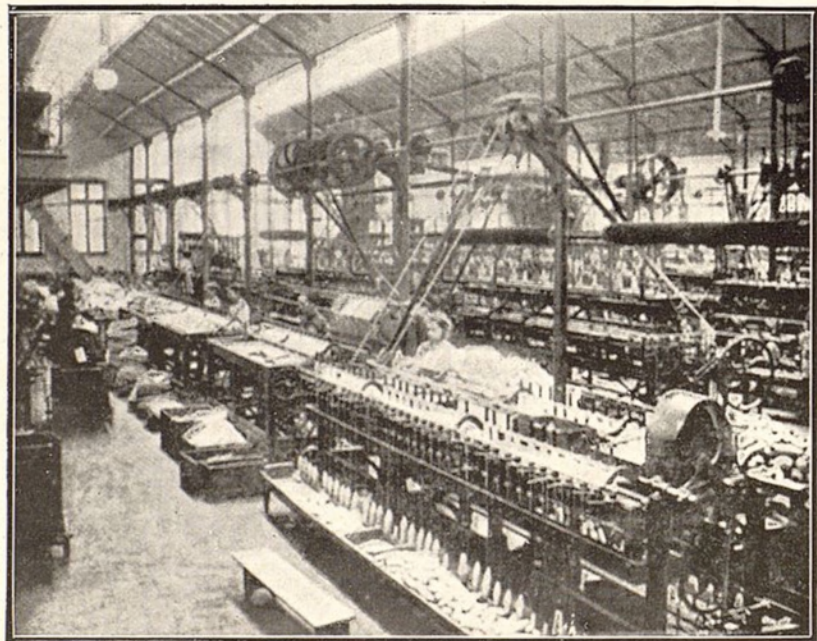
Pablo entra de un salto en la cabaña, y su rostro expresa inefable contento al ver que el hermoso niño vive. Nota que está desmayado, le desata, y, poniendo su inanimado cuerpo á las espaldas, corre en dirección opuesta á la que ha seguido el tío Lobo.

*
**

Seguramente suponéis ya el final de esta historia. Pablillo dejó de ser zagal, y hoy día es uno de los amigos predilectos del rey Argimiro.

D. LARRU





EL ALGODON

El algodón es la borra que envuelve la semilla del algodónero, cuya borra es aplicable á diversos usos industriales.

El algodónero es una planta de la familia de las malváceas. Tiene una cápsula del tamaño de una nuez, y dentro de ella están las semillas, que son del tamaño de guisantes y envueltas en una borra abundante, de fibras largas, la cual sale fuera de la cápsula al madurar y abrirse ésta, extendiéndose por fuera hasta formar una masa mucho mayor que la cápsula.

La temperatura más propia para el crecimiento del algodónero está entre los 19 y los 25 grados, y para su desarrollo es conveniente mucho sol y mucha humedad. No es bueno, sin embargo, que sufra un exceso de lluvia cuando está cercana la cosecha, pues entonces suele estropearse ésta.

El algodónero se cultiva en la América Central, en China y en el Japón, en Crimea, en el Sur de España, en Nápoles, Sicilia, gran parte de Africa, al Noroeste de Australia y en algunas islas del Océano Pacifico.

El algodónero necesita un terreno arenoso, rico en álcalis y en cal, que se abone regulamente y, en ocasiones, se riegue con abundancia. Se siembra en líneas rectas, separadas un metro entre sí, arrancando las matas pequeñas de forma que haya un intervalo de uno 45 centí-

de unas á otras. La recolección empieza cinco meses después de la siembra.

Como la madurez de las cápsulas es muy desigual, se tarda bastante tiempo en recoger la cosecha, pues hay que esperar á que las cápsulas estén bien secas. Se coge el algodón con la semilla, dejando la cáscara que se separará fácilmente.

El algodón se limpia por medio de una máquina, y una vez limpio se entrega á otra que tiene por misión la de separarle de las semillas.

Una planta grande de algodón produce hasta un kilogramo 200 gramos de algodón bruto, pero lo más general es no obtener más que la décima parte de ese peso.

En la Edad Media quisieron los cruzados aclimatar el algodón en los países meridionales de Europa, y los ensayos que se hicieron en Francia é Italia fueron infructuosos, no sucediendo lo mismo en España, donde se dió muy bien, y á últimos del siglo II había algunas plantaciones de algodón en las cercanías de Sevilla.

Cuando la invasión de los árabes, extendieron mucho este cultivo, de tal modo que durante los siglos XI al XII los algodones de Granada compitieron ventajosamente con los que procedían de Oriente.

Hernán Cortés encontró en Méjico plantaciones de algodones, siendo su cultivo muy anterior á nuestra dominación en aquellas regiones. Los mejicanos separaban á mano las pepitas del algodón y lo cardaban con púas, pasando después á hilarlo en aparatos primitivos.

En España, á partir del siglo XIII, fué Cataluña el principal centro manufacturero del algodón; pero esta industria no adquirió verdadera importancia y desarrollo sino desde que comenzaron á utilizarse las máquinas modernas. Fué un inglés, Highs, quien en 1763 inventó la primera máquina de hilar, y ya en 1780 funcionaban en Cataluña las máquinas de ese sistema.

En el comercio se distinguen los algodones según la longitud de sus fibras, habiéndolos de hebra corta y de hebra larga. El valor de una clase de algodón depende de la longitud de sus fibras, de que ésta sea uniforme, y además, de su finura, brillo, color, resistencia y limpieza.

En orden de calidad, los algodones mejores son los norteamericanos; después vienen los de Sud-América, de la India Occidental y Oriental, el algodón levantino, el africano, el europeo y el australiano.

Los principales puertos por donde se exporta el algodón son: Nueva Orleans, Galveston, Charleston, Savannah, Bombay, Calcuta y Alejandría; y las plazas comerciales más importantes son Liverpool, Nueva York, Canton, el Havre, Londres, Glasgow, Amsterdam, Marsella, Rotterdam, Espeizua, Génova, Barcelona, Brema, Hamburgo y Trieste.

La principal aplicación del algodón es para hacer tejidos; sirve también para la fabricación del algodón-pólvora y para cirugía y vendajes, en forma de uata.

JUAN ANTON



MARGARITA LA MIMADA

(CONTINUACIÓN)

ESCENA VII

DICHOS, MENOS PABLO Y PASCUAL.

LUIS. Mientras viene esa merienda abundante y superior, ¿vamos á jugar nosotros á adivina quién te dió?, ó sea á lo que llamamos los franceses la *main chonde*. Yo me quedo. *(Empieza el juego. Luis se arrodilla, y poniendo la cara sobre el asiento de un sillón, coloca una mano abierta sobre su espalda. Margarita le da un cachete en la mano.)*

LUIS. Esta es... Clemencia.

MARG. ¡No! No. *(El mismo juego)*

LUIS. Esta es... Blanca.

MARG. No, tampoco.

LUIS. Canario, qué torpe soy.

(El mismo juego.)

¿Es Margarita?

MARG. ¡Pues claro!

Quita, que me quedo yo.

(Luis le da un cachete con mucha fuerza.)

¡Ay, ay, ay! Malas, perversas.

LUIS. ¿Quién?

MARG. Las dos.

CLEM. Siempre las dos.

LUIS. Si sólo te han dado un golpe.

MARG. Tenéis muy mala atención.

¿Me duele la mano?

LUIS. ¡Cáspital!

Lo siento porque fui yo.

No creí darte tan fuerte.

MARG. ¡Bahl, ya se pasa el dolor.

BLAN. Claro, ¡no siendo nosotras!

LUIS. ¿Seguimos?

MARG. No; das muy fuerte, tío Luis.

LUIS. Como soy varón pertenezco al sexo fuerte, y quiero dar flojo y doy... como has visto.

MARG. Ya lo creo; como que aún siento el calor, *(Tocándose la mano.)*

LUIS. *(Aparte, á Clemencia y Blanca.)* Es que el golpe fué de abrigo.

CLEM. Ya lo he visto.

BLAN. También yo.

ESCENA VIII

LOS MISMOS, PABLO Y PASCUAL que traen los platos de la merienda.

PABLO. Aquí están los portadores de la merienda sabrosa, *(Van poniendo los platos sobre*

una mesita, en la que Margarita se coloca sin cuidarse de los demás.)

LUIS. (*A Blanca y Clemencia.*)
Margarita se dispone á merendar ella sola.

BLAN. Y lo hará.

CLEM. Sin duda alguna.

LUIS. ¡Bih! Lo haría con vosotras, con quienes está enfadada... ¡pero con nosotros...!

PASC. Ponga la señorita á sus tías y á sus primos.

MARG. (*Comiendo pasteles con ansia.*)
De otra cosa, porque de éstos hay muy pocos.

PASC. La fruta. (*Presentándosela.*)

MARG. También es poca.

CLEM. ¿No te dije? (*A Luis*)

BLAN. (*Idem.*) ¿Lo estás viendo?

PABLO. ¡Yo me quedo con la boca abierta.

LUIS. Pero vacía, como yo...

BLAN. ¡Y como nosotras!

PASC. ¿Pero es que la señorita se la piensa comer toda?

MARG. Te he dicho que es muy poquí-
[sima.

PASC. (*Señalando á los demás niños.*)
¡Pero y...!

MARG. ¡Que les trigan otra!

PABLO. Pues señor, si no lo viera no lo creería.

CLEM. Te asombras de poco. La niña es de oro.

MARG. Pascual, ponme más compota.

LUIS. ¡Atiza!

PASC. ¿La señorita no ve...?

MARG. He dicho que me pongas.

PASC. Pero...

MARG. Trae la compotera.

PABLO. (*A Luis.*)
Chico, basta ya de broma; vamos á decírla...

LUIS. Déjala terminar á la glotona.

MARG. ¿No hay más?

PASC. ¿Le parece poca merienda?

MARG. ¡Vaya una cosa!

LUIS. (*Adelantándose.*)
Bueno; pues... Margaritiña. Aquí están cuatro personas que para ti son espectros.

MARG. Espe... ¿qué? ¿Qué dices?

LUIS. Sombras; leves sombras impalpables que no comen. Tú te tomas la merienda tan campante sin darnos pizca ni gota, y como eso es ser grosera, además de ser glotona, te abandono á tus instintos... y con tu pan te lo comas.
(*Coge el sombrero y se marcha.*)

PABLO. De acuerdo con lo expresado por mi colega de glorias y fatigas, y atendiendo á tus méritos de hambroña, al ver que cuando te pones á comer *te quedas sola*, yo te abandono igualmente, pues groserías tan gordas son faltas, Margaritiña, de las que no se perdonan.
(*Sale también.*)

CLEM. Margaritiña, me adhiero á lo dicho, y muy gozosa me retiro por el foro porque no quiero hacer sombra á una niña tan prudente, tan fina y tan cariñosa. (*Sale.*)

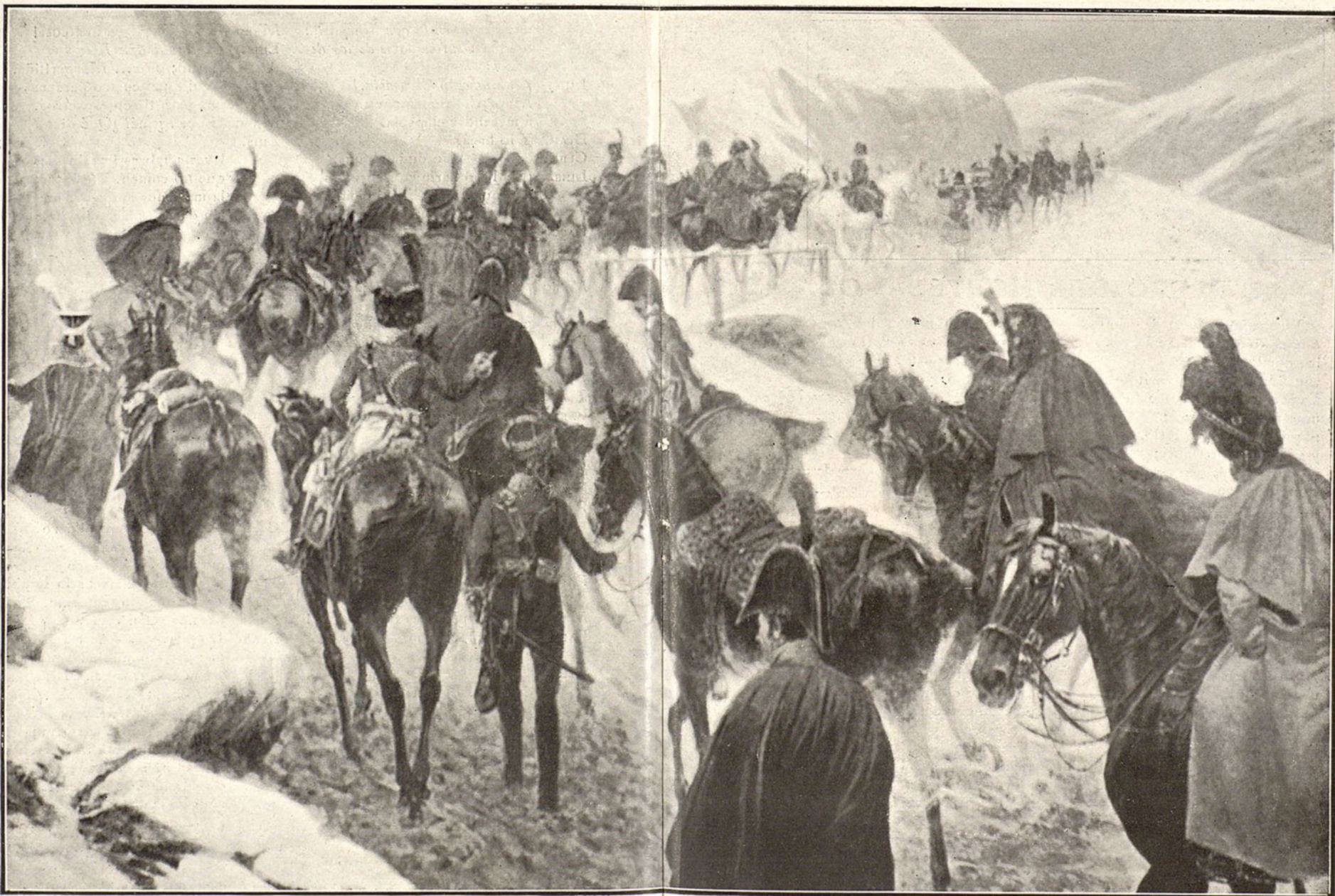
BLAN. Las personas egoístas que prescindan de las otras y son groseras con ellas, deben estar siempre solas. (*Sale.*)

PASC. Puesto que la señorita no me hace caso y se enoja cuando le hago observaciones por su bien, y hace que todas las personas se retiren... aquí hay un Pascual que sobra.
(*Sale también y cierra la puerta.*)

ESCENA IX

MARGARITA; después PASCUAL.

MARG. ¡No quiero quedarme sola!
¡Yo no quiero que se marchen!
Yo quiero que vuelvan. ¡Blanca!
¡Clemencia! ¡Venid á escape!
(*Continuará.*)

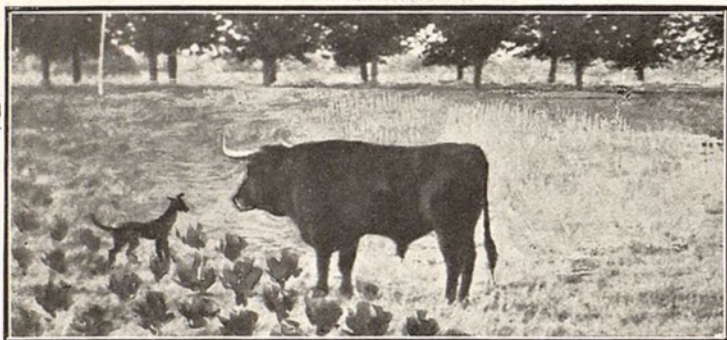


NAPOLION EN GUADARRAMA. CUADRO DE CHELMINSKI

Decidido á dirigir personalmente la guerra de España, Napoleón concentró sus tropas para caer sobre el Ejército inglés, que avanzaba al encuentro de la división Soult. Era en Diciembre de 1808. Al cruzar el Gua-

darrama, la columna napoleónica fué sorprendida por una violenta nevada, como si la Naturaleza rechazase también al invasor. Así, pues, tuvo que empezar luchando contra los elementos.

Ayuntamiento de Madrid



EL PERRO DEL HORTELANO

Pues señor... y va de cuento, éste era un buey que una vez iba por la carretera andando á paso de buey. Las crónicas del suceso no especifican el mes; se sabe que fué en estío, y ya es bastante saber; pues lo esencial para el caso consiste en que el buey aquel sudaba la gota goida y tenía mucha sed. No estaba lejos el río donde podía beber agua fresca en abundancia; pero vió que junto á él había una hermosa huerta, y hacia la huerta se fué. Detúvose ante el portillo, miró la huerta, y al ver unas berzas hermosísimas, pensó:—¡Cuánto mejor es ahorrarme la caminata hasta el río, y escoger entre estas hermosas berzas la que me parezca bien! Esto tiene la ventaja de que calmará mi sed, y sirve para ir rumiando largo rato á mi placer. Con tan goloso propósito entró en la huerta la res, y se dirigió á las berzas, y ya las iba á coger cuando escuchó los ladridos formidables de un lebré.

que en e lenguaje canino, decían:—¡Vamos á ver! ¿Qué va á ser esto? ¡Pues hombre! ¡Vaya una desfachatez! ¿Qué hacía usted con las berzas? —Pues... me las iba á comer. —Pues haría usted muy mal. —¿Pues?

—Porque no son de usted, y el que se apropia lo ajeno... ya sabe usted lo que es.

—No pienso comerlas todas, puede usted comer también.

—Yo no lo gasto, mi amigo, en mi vida las probé.

—¿Y no me deja cogerlas?

—No, señor, no puede ser. Se marchó el buey indignado, y á dos pollinos ó tres

que encontró por el camino les refirió el lance aquél,

y desde entonces los asnos miraron con gran desdén

al perro del hortelano

como á un imbécil lebré, ¡porque no comiendo berzas, no las dejaba comer!

Hay muchos como estos asnos, que no pueden comprender que se haga nada en el mundo más que por propio interés.

El perro del hortelano

cumplía con un deber sin interés egoísta,

y en eso está su honradez.

C. L. DE C.



RELATOS DE CAZA

EN PELIGRO INMINENTE

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, ocurrió hace dos inviernos un suceso no desprovisto de gracia. Como la nieve cayera abundantemente en los altos de una sierra cercana al tal lugar, los lobos, privados de abrigo y de alimento, se lanzaron á la llanura sembrando la muerte en los rebaños y el espanto en toda la comarca.

En el pueblo de esta historia dióse el caso extraordinario de que los temibles carniceros penetraran por las noches calles adentro saltando á los corrales, con lo cual el vecindario se llenó de pavor, sin que nadie osara salir de su casa en cuanto anochecía.

En vista de esta calamidad, el alcalde mandó predicar la guerra santa contra los lobos, ofreciendo á los cazadores un crecido premio en metálico por cada uno que le presentaran vivo ó muerto. Llevados un poco de la codicia y un mucho del instinto defensivo, aprestáronse varios á ir en busca de sus feroces enemigos. Uno de ellos fué el tío Melanio, famoso en todos los contornos por la infalibilidad de sus ojos, por la seguridad de su pulso y por su agudeza en armar lazos y trampas. Apenas oyó el bando en que se anunciaba la cuantía del premio se puso á pensar, y no haría diez minutos que había apoyado su frente en las palmas de las manos, cuando, levantándola triunfante, se

fué á su casa, ciñóse la bien repleta cartuchera, cogió la escopeta, echóse al hombro una magnífica piel de ciervo y, así pertrechado, se marchó al monte donde los lobos tenían sus guaridas. Una hora habría andado de uno en otro sitio, cuando, ya mediada la tarde, vió dos piedras que, casi juntas, formaban naturalmente un gran puesto de espera. En seguida se acomodó entre ellas, y colocando sobre su cuerpo la cervina piel de manera que la disecada cabeza caía sobre la suya y mostraba altos y erguidos los enramados cuernos, se puso á bramar como lo hacen los ciervos cuando están en celados.

¿Quién duda—pensaba—que los lobos habitantes de estas cercanías, atraídos por estos bramidos, se presentarán, y en cuanto vean al ciervo se vendrán hacia mí poniéndose delante de mi escopeta como figuras de *pim, pam, pum...*?

Entregado estaba á tan agradables meditaciones, cuando de pronto



retumbó á sus espaldas un tiro, al mismo tiempo que la bala le rompía uno de los cuernos.

Asustado, se arrancó rápidamente la piel que lo disfrazaba, y á sus gritos acudió el tirador, que resultó ser amigo suyo.

—¿Sabes—le dijo riendo—que te creí un hermoso ciervo?

—¿Sabes—le contestó el tío Melanio—que á veces resulta más peligroso un amigo que una manada de lobos...?

José A. LUENGO.



LAS BONDADES DE NINI

XVIII

Entramos en la sala... ¡Jesús, cuánta gente! Peluca, ó Piluca, ó como se diga, me llevó donde estaba su mamá, y dijo:

—¡Mira, mamita, qué preciosa es Nini! Voy á enseñársela á todos. Y me llevó delante de aquellas señoras y caballeros, diciendo siempre:

—Mirar; esta niña tan linda se llama Nini.

—Oye tú —dije. —¿Sabes que es bastanz aburrido esto de que me enseñes como si fuese yo un mono? Más me gustaría que jugases conmigo, y me llevases á ver á ese hermano que pone motes y á enseñarme tus juguetes.

—Ten un poco de paciencia, monina —contestó Piluca. —Primero voy á que te conozcan la miss y Luisito; después serviré el té, y después jugaremos.

—¡Bueno! ¡bueno! —dije. —¡Vamos con la lata ésta!

Me cogió la miss y me acarició mucho, y habló con Piluca en unas palabras que yo no entendía.

—Pero oye, niña —exclamé, — ¿hablas en chino? Te advierto que eso no me da la gana, porque esta miss y tú diréis cosas malas de mí, y no me entero ni os puedo pegar ni nada.

Ellas se echaron á reir.

—¿Quién puede ser capaz de hablar picardías de una niña tan buena y tan bonita? —dijo la miss.

Y Piluca añadió:

—Nini, la miss me decía que que alegre estaría esta casa con un pimpollito como tú, y con qué placer se entregaría ella á la dulce tarea de educarte.

—¿Y todo eso habéis dicho con esas palabras tan raras? ¿Y cómo sabes tú hablar así, Piluca?—pregunté.

—Pues como sabrás tú en cuanto aprendas. Mira, yo hablo en francés, y algo también en alemán y en inglés

—¿Y no tienes un lío en la cabeza?

—No; porque la miss es muy buena, y enseña muy bien.

—¡El té, Piluca!—dijo su mamá

¡Jesús y qué lista es Piluca!

Verán ustedes; fué un criado y puso encima de una mesa una bandeja atroz de grande, con muchos cacharros, y fué Piluca y allí hizo la mar de cosas; cogía unos cacharros, y luego otros, y después otros; yo la miraba con la boca abierta. Cuando pasó un rato cogió las tazas y se las fué dando á todas las señoras y señores, y también les dió bollitos. Todo el mundo decía:

—¡Pero qué encantadora es Piluca!

—¡Jesús qué niña, parece una mujercita recortada!

—¡Es verdaderamente un primor de criatura!

Y así otra porción de cosas.

—Oye, nenita—exclamó Piluca.—Vamos á ver á mi hermanito Enrique y á ¡mis juguetes!

—¡Huy qué rica eres!—la dije.

Me llevó por unos pasillos, y luego por otras habitaciones, y luego por otros pasillos, y luego...

—¡Aaaaaah...!—dije yo, abriendo todo lo que pude los ojos y la boca. En una habitación había ¡una casa entera con sala, y camas, y comedor, y cocina, y personas! ¡Qué maravilla! Una casa de muñecas, como dijo Piluca que era.

—¡Que feliz eres, Piluca!—la dije.—Tú tienes muchas cosas y yo no!

—¡Pero yo cuando era pequeña tampoco las tenía... ni metiéndote todos los dedos de esa mano en la boca las tendrás tampoco!

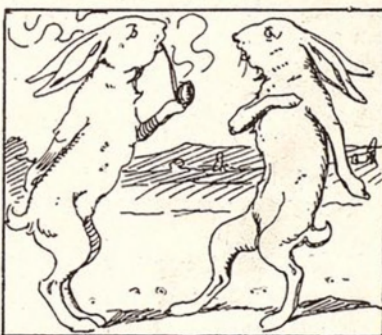
MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO



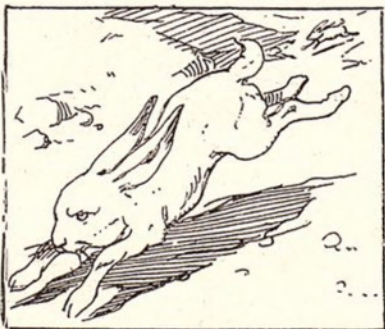
POR DONDE VIENE LA MUERTE



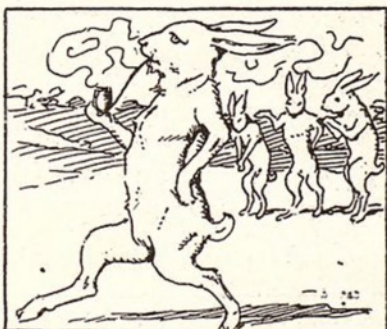
Esta era una liebre famosísima en 20 leguas á la redonda como invencible corredora.



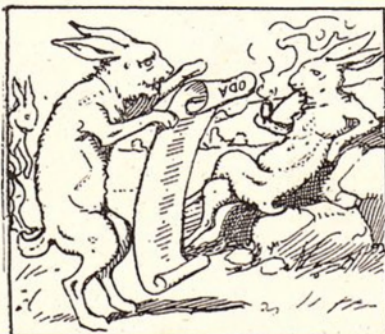
Desde muy lejanos montes venían los más veloces campeones para retar á la liebre famosa.



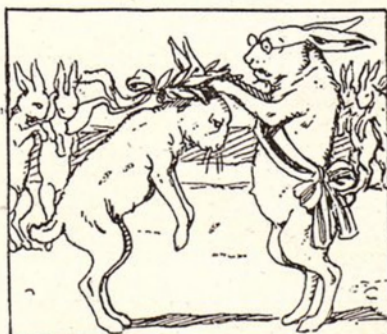
Pero apenas empezaban la carrera, los dejaba tan detrás, que se marchaban vencidos y avergonzados.



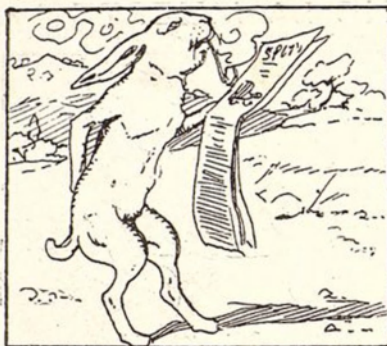
Y cada vez era mayor su fama, más sincera la admiración de sus convecinas y más inmensa su vanidad.



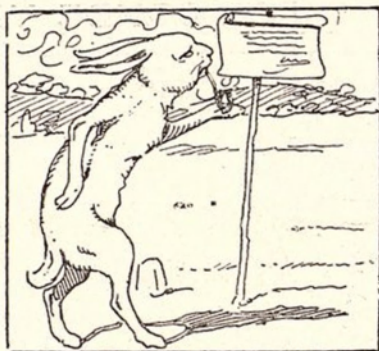
Los poetas locales la dedicaban odas y poemas comparándola con el rayo y con el rauda viento.



Y llegaron á coronarla como el campeón más grande de la velocidad de todo el universo.



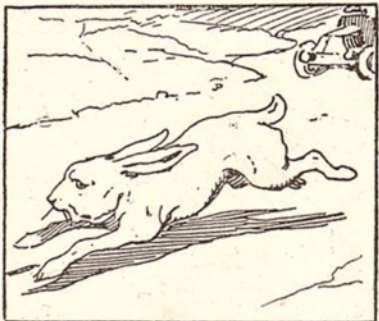
En un periódico, perdido por un cazador, leyó con desdén que se había inventado un coche que corría mucho.



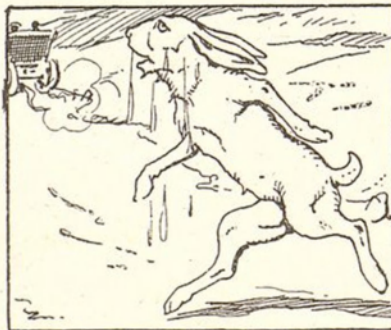
Convencida de que a cualquier cosa llaman velocidad los hombres, puso un cartel retando a cuantos autos quisieran.



Después de muchos días de esperar, vio venir una carretera adelante, y empezó a relamerse con la idea de su triunfo.



En cuanto vio el coche cerca, partió como una flecha, pensando con orgullo: «¡Ahora verán lo que es canela!»



Pero al cabo de un rato, jadeante y rendida, vio perderse el auto a lo lejos, y se encontró sin fuerzas para seguirle.



No pudiendo sufrir la vergüenza de su derrota, dejó una carta para que el juez a nadie culpase de su muerte. Y se levantó la tapa de los sesos.